

Resentimiento, memoria y duelo

Luis Kancyper¹

*María seguía nutriendo un resentimiento
tan tenaz, como el que solo las mujeres*
son capaces de poner en sus antipatías de la
infancia, para guardarlo hasta que ya son abuelas.*

Günter Grass,

El tambor de hojalata (9)

Resumen

El autor estudia las relaciones entre el resentimiento, la temporalidad y el proceso del duelo. Señala que el sujeto rencoroso (resentido y remordido), es un mnemonista implacable. No puede perdonar ni perdonarse. Se halla poseído por reminiscencias vindicativas.

No puede olvidar. Está abrumado por la memoria de un pasado que no puede separar y mantener a distancia del consciente.

Diferencia dos categorías de la memoria: la memoria del rencor de la memoria del dolor.

La memoria del rencor se nutre de la esperanza del poder de un tiempo de revancha a venir, mientras que la del dolor se continúa con el tiempo de la resignación. La memoria del dolor admite al pasado como experiencia y no como lastre, no exige la renuncia al dolor de lo ocurrido y sabido. Opera como un no olvidar estructurante y organizador-pulsión de vida mediante-como una señal de alarma que protege y previene la repetición de lo malo y da paso a una nueva construcción.

¹. Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina
Galileo 2460 PB 1. Tel: 4802-8084. E-mail: kancyper@sinectis.com.ar

* Yo diría no exclusivamente “las mujeres”.

En cambio la repetición en la memoria del rencor reinstala –pulsión de muerte mediante– la compulsión repetitiva y hasta insaciable de un poder vengativo.

Destaca la importancia fundamental del resentimiento, a diferencia del odio, en el procesamiento en el duelo normal y patológico. Subraya que una intensa ambivalencia entre el amor y el odio perturba el proceso del duelo, pero cuando el odio es reemplazado por el rencor se paraliza el duelo.

Luego ilustra, en un caso clínico acerca de un hijo adoptivo, la distinción entre el duelo de los orígenes y el duelo por los orígenes.

Summary

In this article, the author examines the relationship between resentment, time-perception and the mourning process. The rancorous subject (who experiences rancor and remorse) is described as a pitiless mnemonist. He cannot forgive others nor forgive himself. Overtaken by his vindictive recollections, he is unable to forget and he remains overwhelmed by the memory of a past which he cannot hold at bay and from which he cannot disentangle himself.

Following the author, there are two types of memory: the one of rancor and the one of pain. The memory of rancor feeds on the hope of a forthcoming time for revenge, while the memory of pain prolongs itself through the time of resignation. It accepts the past, not to be considered as ballast, but as experience, without requiring to delete the pain concerning past events nor the corresponding awareness. It operates as a force which structures non-forgetfulness and it organizes –via the life pulsion– an alarm signal which operates as a protecting factor, preventing the repetition of bad experiences and giving way to new ones. Through repetition instead, the memory of rancor reinstalls –via the death pulsion– the repetitive and unquenchable compulsion of a revengeful power.

The author underlines the crucial relevance of resentment –to be distinguished from hate– in the process of normal or pathological mourning. An intense ambivalence between love and hatred may disturb the mourning process, but when hate is replaced by rancor, what follows is the paralysis of the mourning process.

Finally, a clinical case illustrates the distinction between mourning about origins and mourning caused by origins in an adopted child.

**Descriptores: RESENTIMIENTO / MEMORIA / DUELO / REPETICIÓN /
REMINISCENCIA / TIEMPO / OLVIDO / AFECTO /
MATERIAL CLÍNICO /**

La palabra “resentimiento” se define como el amargo y enraizado recuerdo de una injuria particular, cuyo desagravio se desea. Su sinónimo es “rencor”. Rencor proviene del latín, *rancor* (queja, querrela, demanda). De la misma raíz latina deriva *rancidus* (rencoroso), y de ella, las palabras “rancio” y “rengo”.

El resentimiento es la resultante de humillaciones múltiples, ante las cuales las rebeliones sofocadas acumulan sus “ajustes de cuentas”, tras la esperanza de precipitarse finalmente en actos de venganza. A partir del resentimiento surge la venganza, mediante una acción reiterada, torturante, compulsivamente repetitiva en la fantasía y/o en su pasaje al acto. Surge como un intento de anular los agravios y capitalizar al mismo tiempo esa situación para alimentar una posición característica: la condición de víctima privilegiada.

Desde este lugar el sujeto agraviado adquiere “derechos” de represalia y desquite a través de conductas sádicas, motivadas por revancha contra quienes han perturbado la ilusión de la perfección infantil. Estos derechos se ejercen por las heridas narcisistas y por los daños traumáticos externos que pasivamente ha experimentado.

Es en la venganza donde se revierte la relación. El sujeto resentido, en su intercambiabilidad de roles, pasa a ser de un objeto anterior humillado, a un sujeto ahora torturador. El sujeto torturador anterior se convierte durante la venganza en un objeto actual humillado deudor, manteniendo la misma situación de inmovilización dual sometedor/sometido, con apariencia de movilidad.

Es mediante el resentimiento que el sujeto bloquea su afectividad, anulando también la percepción subjetiva del paso del tiempo y de la discriminación de los espacios, para lo cual inmoviliza a sus objetos y a su yo en una agresividad vengativa destinada a crear un mundo imaginario siniestro.

Escuchemos al analizado Roberto:

“El resentimiento es como acelerar un coche atascado en el barro. Cuanto más se acelera, más se hunde y menos se mueve. Yo empecé recién a moverme cuando comencé a sentir mi resentimiento. (Pausa.) Se me ocurrió un juego de palabras: si yo estoy resentido, en lugar de sentir, resiento; siento nuevamente cosas viejas (rancias) y me paso la vida pidiendo así.

Yo quiero tener por la fuerza lo que no se me dio por causas reales, y claro, eso es el resentimiento. Porque ahora reconozco que con el resentimiento a cuestas, no podría cambiar mi historia. Siempre hice un uso del resentimiento, una especie de culto a mi desgracia”.

En otra sesión Roberto comenta:

“El resentimiento es un callejón sin salida. Me paseaba dentro de él, pero no salía. Estaba detenido, aunque me movía pero en el mismo callejón” (12).

El resentimiento y su nexa con la temporalidad y el poder nos permiten diferenciar la memoria adictiva del rencor de la memoria del dolor. La memoria del rencor se atrinchera y se nutre de la esperanza del poder de un tiempo de revancha futuro, mientras que la memoria del dolor se continúa con el tiempo de la resignación. No se funda ciertamente en la subestimación del pasado, ni en la amnesia de lo sucedido, ni en la imposición de una absolución superficial, sino en su aceptación –con pena, con odio y con dolor– como inmodificable y resignable, para efectuar el pasaje hacia otros objetos, lo cual posibilita procesar el trabajo de elaboración de un duelo normal.

*Es la memoria un gran don,
Calidá muy meritoria;
Y aquellos que en esta historia
Sospechen que les doy palo,
Sepan que olvidar lo malo
También es tener memoria.*

Martín Fierro (10)

La memoria del dolor admite al pasado como experiencia y no como lastre; no exige la renuncia al dolor de lo ocurrido y lo sabido. Opera como un no olvidar estructurante y organiza –mediante la pulsión de vida– una señal de alarma que protege y previene la repetición de lo malo y da paso a una nueva construcción. En cambio, la repetición en la

memoria del rencor reinstala –mediante la pulsión de muerte– la compulsión repetitiva y hasta insaciable del poder vengativo.

En el rencor, la temporalidad presenta características particulares; manifiestamente, una singular relación con la dimensión prospectiva. La repetición es el modo más eficaz de interceptar el porvenir y de impedir la capacidad de cambio. El sujeto rencoroso (resentido y remordido) es un mnemonista implacable. Se halla poseído por reminiscencias vindicativas. No puede perdonar ni perdonarse. No puede olvidar. Está abrumado por la memoria de un pasado que no puede separar y mantener a distancia del consciente.

En la represión (esfuerzo de suplantación) el sujeto desaloja acontecimientos no tan traumáticos; en cambio, en el resentimiento, lo traumático es más intolerable para el yo en términos de “Selbstgefühl”. Los contenidos del resentimiento son cuerpos extraños, aislados del curso asociativo con el resto del yo (2). Al no poder entrar en la cadena de la significación simbólica, no acceden a ser reprimidos, sino que persisten, escindidos. Lo escindido es mantenido fuera de la circulación psíquica, y por consiguiente no puede evolucionar mientras permanece tal: se cristaliza en un caldo de cultivo de imborrables reminiscencias.

Recordemos que Freud dice que el neurótico sufre, no de recuerdos, sino de reminiscencias. Podría parecer que se trata de una mera distinción terminológica, una distinción, incluso, filosófica, ya que el término “reminiscencia” ha sido tomado de Platón. Sin embargo, es de una extrema profundidad. ¿Qué quiere decir este término “reminiscencia”, tanto en la teoría de Platón como en la de Freud? La reminiscencia es un recuerdo sin sus orígenes, cortado de sus raíces. Se trata de un recuerdo vago, como proveniente de otra vida, de otro planeta. Un recuerdo sin que el sujeto sepa de dónde viene, ni siquiera si se trata de un recuerdo, que origina un sufrimiento acerca de algo que proviene del pasado pero que no está ligado a él, sino que se proyecta y lo hace sufrir en el presente.

En la memoria del rencor se repiten los sentimientos y las representaciones como automatismo de repetición, sin configurar un recuerdo acompañado de una nueva vivencia afectiva integrada en una estructura diferente, con una nueva perspectiva temporal. En lo manifiesto se presenta como una ausencia del porvenir; en lo latente, este aparente sin-sentido del porvenir está obturado por la presencia de un contra-sentido. El sentido de futuro que puja es el porvenir de la venganza, de la revancha de un pasado. Es el porvenir fundado en la posibilidad de castigar, a través de la repetición

en la vía regresiva del tiempo, al objeto responsable de los agravios: momento esencial en el que una vez más el sujeto intenta saciar su sed de venganza, para restituir infructuosamente el resentido sentimiento de su propia dignidad.

El sujeto rencoroso no permanece anclado en la atemporalidad ni en el tiempo suspendido del arte, tiempo fuera del tiempo que quiebra las dimensiones temporales del pasado, presente y futuro; ni permanece asido a una vivencia de eternidad en la contemplación del objeto interno maravilloso para desmentir el paso del tiempo esquizoide; sino que es, fundamentalmente, producto de la insistencia del castigo reivindicatorio. De un modo repetitivo, lo punitivo se erige como estructura de deseo dominante, sobre el sustrato temporal del rencor causado por un agravio cuyas cuentas aún no han sido saldadas.

Presente y futuro son hipotecados para lavar el honor ofendido de un pasado singular, que se ha apoderado de las tres dimensiones del tiempo. La vivencia del tiempo sostenida por el poder del rencor es la permanencia del rumiar indigesto de una afrenta que no cesa, expresión de un duelo que no logra elaborarse, no sólo en el propio sujeto y en la dinámica intersubjetiva, sino que puede llegar a perpetuarse, a través de la transmisión de las generaciones, con sed de venganzas taliónicas, sellando un inexorable destino en la memoria colectiva (11).

Shakespeare inmortaliza en su obra *Romeo y Julieta* la relación directa que se establece entre el destino trágico de los protagonistas y la antigua historia de rencores y de poderes entre los Montescos y Capuletos. Ya desde el prólogo dice:

“Venid a ver el surco rápido y fatal, la huella de muerte y de dolor que han dejado estos amores. Venid a contemplar el odio tradicional de estas dos familias, que sólo pueden aplacarse ante los cadáveres de dos adolescentes” (18).

Los resentimientos y remordimientos conscientes e inconscientes, suscitados por el narcisismo de las pequeñas diferencias entre las religiones, los pueblos y las naciones, han originado devastadoras consecuencias por el repetitivo resurgimiento de un poder fanático que ha irrumpido con ferocidad a lo largo de la historia de la humanidad, como consecuencia de la recurrente activación del poder de estos afectos.

**Los usos del olvido y las formas de la memoria:
de la memoria del rencor a la memoria del dolor**

*Algún necio humanista podrá decir lo que quiera;
pero la venganza ha sido desde siempre y seguirá siendo
el último recurso de lucha y la mayor satisfacción espiritual de los oprimidos.*

José Rákovér habla a Dios
Zvi Kolitz (15)

El rencor abriga una esperanza vindicativa que puede llegar a operar como puerto en la tormenta en una situación de desvalimiento, o bien como un último recurso de lucha, tendiente a restaurar el quebrado sentimiento de la propia dignidad, tanto en el campo individual como social.

El poder del rencor suele promover no sólo fantasías e ideales destructivos. No se reduce únicamente al ejercicio de un poder hostil y retaliativo: también puede llegar a propiciar fantasías e ideales tróficos, favoreciendo el surgimiento de una necesaria rebeldía y de un poder creativo tendientes a restañar las heridas provenientes de los injustos poderes abusivos, originadas por ciertas situaciones traumáticas. El sentido de este poder esperanzado opera para contrarrestar y evitar el sojuzgamiento ante un inexorable destino de opresión, marginación e inferioridad.

Estas dos dimensiones antagónicas y coexistentes del poder del rencor se despliegan en diferentes grados en cada sujeto y se requiere reconocerlas y aprehenderlas en la totalidad de su compleja y aleatoria dinámica. Pero si el sujeto sólo permanece fijado a las ligaduras de la memoria del rencor, quedará finalmente retenido en la trampa de la inmovilización tanática del resentimiento de un pasado que no puede resignar. Este pasado anega las dimensiones temporales de presente y del futuro. Sólo el lento e intrincado trabajo de elaboración de los resentimientos y remordimientos posibilitará un procesamiento normal de los duelos para efectuar el pasaje de la memoria del rencor a la memoria del dolor. Sólo a partir de este trabajo, el sujeto rencoroso depondrá su condición de inocente víctima que reclama y castiga; así logrará acceder a la construcción de su propia historia como agente activo y responsable, y no como reactivo a un pasado que no puede olvidar ni perdonar.

Los afectos y sus poderes en el duelo normal y en el patológico

En “Pulsiones y destino de pulsión” (6), Freud pone de manifiesto una teoría metapsicológica de la agresividad. La conversión aparente del amor en odio no es más que una ilusión: el odio no es un amor negativo. Tiene su propio origen en las pulsiones de autoconservación, mientras que el amor se origina en las pulsiones sexuales. Su tesis central es que los genuinos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por conservarse y afirmarse. Y además asevera que el objeto es conocido inicialmente por medio del odio: “El odio es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor; brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigador de estímulos” (6).

El odio permite al sujeto un enfrentamiento con el objeto y su ulterior desligadura, desligadura que promueve la génesis y el mantenimiento de la discriminación en las relaciones de objeto. Pero el odio se muda en resentimiento cuando es reforzado por la regresión del amor a la etapa sádica previa, de suerte que el resentimiento cobra un carácter erótico y se perpetúa un vínculo sadomasoquista; además, el resentimiento produce una serie de construcciones fantasmáticas que a la vez lo sustentan.

El contenido de representación de las escenificaciones imaginarias inherentes al resentimiento se halla al servicio del apoderamiento y retención del objeto para poder desplegar sobre él sus mociones de venganza o para neoengendrarlo y moldearlo según un modelo ideal diseñado a imagen y semejanza del Hacedor. Este fantasma ejerce pigmaliónicamente una relación de dominio sobre el otro, mediante el despliegue de sus poderes mágicos y castigadores, con la finalidad de garantizar la presencia incondicional de un objeto parcial o total, inválido y dependiente de un Amo y Señor.

Recordemos que la palabra “emoción”, que deriva del latín “movere”, significa poner en movimiento y que “afecto”, tomado del latín “affectus”, es participio pasivo de “afficere”, verbo derivado de “facere”: “hacer”.

El resentimiento promueve un movimiento circular y repetitivo.

El sujeto que experimenta resentimiento vuelve a sentir ciertas injurias narcisistas, edípicas y/o fraternas, que no puede o no quiere olvidar ni amnistiar; el sujeto que experimenta remordimiento vuelve a morder o morderse por el accionar del poder de una culpa singular, repetitiva, que se caracteriza por ser siempre pródiga en nuevos desquites, revertidos sobre la propia persona. En cambio, el odio puede promover un movimiento centrífugo de la libido, oponiéndose a la circularidad regresiva y sádica del rencor, permitiendo entonces la discriminación del objeto y su recambio ulterior.

Mientras que a partir del resentimiento surge una agresión vengativa, a partir del odio puede llegar a desatarse una agresión al servicio de la desalienación, que libera la agresión hacia nuevos cometidos y la liga a nuevos objetos, los que a su vez reabren una diferente espacialidad y temporalidad; en este sentido el odiar puede vincularse con los propósitos del Eros. Pero en ciertos casos el odio, que raramente se encuentra en forma pura, puede promover desde un alejamiento e indiferencia ante el objeto hasta una hostilidad despiadada y cruel (13).

En “Duelo y Melancolía”, Freud señala la importancia de la ambivalencia entre amor y odio como una de las premisas de la melancolía. Alternativamente, yo considero que la ambivalencia entre el amor y el resentimiento, y no la oposición entre el amor y el odio, opera como una de las premisas fundamentales en el desencadenamiento del automartirio y del desquite de los objetos originarios desplazados sobre los objetos actuales. Las batallas de ambivalencia de amor y de odio pueden llegar a interferir la elaboración del duelo, pero éste se paraliza cuando el resentimiento y el remordimiento reemplazan al odio en el complejo proceso del duelar.

Para citar un ejemplo, transcribiré algunas sesiones de Julián, que presentaba una elaboración rencorosa de sus tempranos traumas y duelos de los orígenes y por los orígenes.

¿En dónde nací yo?

Julián tenía 13 años en el momento de la consulta. Sus padres me habían pedido una entrevista con carácter de urgencia, relatándome por teléfono la severa situación del cuadro clínico del hijo, que había desconcertado, no sólo a sus progenitores, sino también a varios profesionales. El médico clínico, el neurólogo y el psiquiatra, luego de un minucioso estudio, descartaron finalmente la posibilidad de la existencia de factores orgánicos en los ataques convulsivos, que se presentaban varias veces durante el día, sin pérdida de conciencia, y que eran además temibles por la dramaticidad y por el peligro que acarreaban. Estos ataques comenzaban con contracciones leves en la cara que se extendían luego a los brazos; finalmente, Julián perdía el equilibrio motor. Se caía y luego, con fuertes movimientos tónico-clónicos, se libraba una lucha en su cuerpo, un combate entre fuerzas antagónicas que se anudaban entre sí con contorsiones caóticas durante varios minutos. Se escenificaban así fantasías de una elevada mortificación psíquica, originándose situaciones de desesperación y desconcierto en sus padres y profesores. Estas manifestaciones corporales comenzaron a presentarse primero ante la

puerta del colegio, luego dentro del aula y en la casa. Cedían durante los fines de semana y recomenzaban nuevamente los domingos por la noche. Los ataques convulsivos se acompañaban, además, de cefalalgias persistentes y de deshidrosis en las palmas de las manos, que se agudizaban durante el período de los exámenes trimestrales.

Corría el mes de junio y Julián había fracasado en los exámenes en todas las materias en el primer año del secundario. El tema de la falta de rendimiento escolar había sido desde tiempo atrás un “tormento” familiar; que le había valido el apodo de “el contra”. Nunca aceptaba las reglas que se le imponían. Todo era no. Vivía peleándose con los chicos y con los padres. Mentía con frecuencia. Tuvo encopresis hasta los seis años. No respetaba las pautas de aprendizaje. Ya tenía en su haber dos tratamientos psicoanalíticos previos. Presentaba resistencias para comenzar un nuevo tratamiento, pero estaba dispuesto a intentarlo.

Para mí, resultó desde el vamos un desafío terapéutico. Yo sabía, por el colega que me derivó la consulta, que Julián era un hijo adoptivo. Los padres me ocultaron este dato y sólo me lo comunicaron en la tercera entrevista.

Julián era muy simpático y afectuoso; me expresó que era desconfiado y que no tenía la menor idea de lo que le pasaba, ni por qué le pasaba. Pero sabía que le pasaba. Estaba asustado y deprimido, y muy enojado con el médico psiquiatra que lo medicaba: “Si vuelvo a verlo, le estampo una piña a ese pelado”. Julián no quiso continuar más con la medicación pero aceptó “probar” conmigo una serie de entrevistas.

Desde los comienzos se había establecido un campo analítico de transferencia positiva en el que circulaban afectos tiernos y respetuosos. Subrayo la cualidad de respetuosos, porque considero que asumí ante ellos (¿o ante él?), en la transferencia, la figura respetuosa que tenía el abuelo de Julián. Este abuelo ya fallecido, padre del padre, era reconocido con cariño por todos.

Transcribo a continuación dos fragmentos de sesiones de su primera etapa de análisis.

“¿En dónde nací yo?”

Tendría que averiguar quiénes fueron los hijos de puta que me dejaron. Creo que debe estar en los papeles de adopción. Pero no tengo acceso a esos papeles. Si se lo pregunto a mi mamá, ella se va a deprimir; pero no es mala idea hacer la investigación,

averiguar quiénes fueron. A mí me quedó picando en mi cabeza, las ganas de saber quiénes fueron.

Este año, ya tuve ocho citas en el colegio, porque me las agarro con todos. Le juro que si los encuentro les digo de todo, los mato, los corro por todos lados y los meto presos. ¡Hijos de puta! por culpa de ellos, me jodieron la vida. Si no me querían tener ¿para qué me tuvieron? Sería bueno hacer una investigación; pero no sé por dónde empezar. ¿Habría que hablarle a mi mamá de esto, o con los dos? Yo se los planteé alguna vez, y mamá me dijo que no toque más el tema porque nos lastimamos todos. Ellos saben más de lo que dicen. Habría que averiguarlo, pero necesito que alguien hable con ellos y que no sea yo. Yo no me animo a decírselos ¿vos podrías hacerlo? Mamá se va a angustiar mucho, pero papá no, él es de hierro. (Pausa.)

¿Será por esto que yo vivo desafiando? Papá dice que yo siempre desafié y soy muy duro. Que yo hago mi mundo, y que no acepto reglas. Desde chiquito fui así. Él me decía: hay una sola forma de sumar 2 más 2, y que yo no lo voy a cambiar. Y yo quiero cambiarlo, a mi forma.”

Julián no puede admitir que su novela familiar es compleja y compuesta, ya que en ella intervienen dos pares de padres: los que lo han engendrado, y los que lo han adoptado. Él quiere cambiar esta sumatoria, porque o bien no los puede sumar, o no acepta sumarlos. El exceso de la presencia de los genitores ausentes le impide efectuar el pasaje de la memoria del rencor a la memoria del dolor. Este rencor paraliza el proceso de los duelos por los orígenes y lo retiene en la esperanza de la venganza y del poder retaliativo: “*Le juro que si los encuentro les digo de todo, los mato, los corro por todos lados y los meto presos. Hijos de puta, por culpa de ellos me jodieron la vida”.*

“En la Torá –me dijo en una sesión posterior– se dice que cada persona tiene un lugar determinado, un objetivo al que llegar. Nadie sabe cuál es su destino.

Yo no sé a qué vine a esta tierra. Por algo vine. Uno siempre viene a hacer algo y eso es el destino. Yo no sé. ¿Para qué vine al mundo? Pero estoy en busca de eso. Por una época, quise ser médico; ahora quiero ser veterinario como Jack Hanna, para que los animales anden sueltos. Hace poco, también quise ser administrador de empresas para realizar mi ilusión de dominar el mundo. Uno siempre viene a hacer algo. Si usted no hubiese venido al mundo, yo no hubiera estado en este momento con usted.”

—Sí, es cierto, en este momento estás conmigo, y yo con vos. Estamos aquí juntos en la sesión; pero me llama la atención el que hoy llegaras bastante tarde. ¿Será que

también el desafío va a triunfar sobre nosotros y uno de nosotros dos va a quedarse en el lugar del abandonado?

Se sonrío. Me mira fijamente y dice:

“Te digo que antes mentía. Ahora no miento más, nunca más.

Es verdad. Hoy no tenía ganas de venir. Me acordé de los otros tratamientos que había empezado y dejado y me dije: no, no voy a cometer el mismo error. No voy a dejar el tratamiento, y me vine, aunque sé que llegué tarde.”

Me sonrío con picardía y me extiende su brazo y yo le respondo con el mío, y en lugar de tensar nuestros brazos como en una pulseada entre dos desafiantes en pugna, en el que finalmente uno es vencido por el otro, sumamos nuestras fuerzas en un pacto analítico, para intentar, entre ambos, desanudar los traumas pretéritos y los duelos congelados. Y le señalo que existe una forma diferente de estar juntos. No únicamente desde la memoria del desquite por el ayer, sino a través de un trabajo con él y con sus padres, para poder entre todos enfrentar no sólo los sufrimientos de antes, sino también los conflictos actuales. Él podrá así avanzar como agente activo –y no como mera víctima– en la conquista de su propio destino.

Según Pelento “los duelos acontecidos en la primerísima infancia no pueden recuperarse a través del recuerdo, lo que exige un trabajo psíquico extra: el trabajo del saber y no de recordar. Saber para ser. Trabajo de búsqueda de indicios, señales y comentarios hechos por otros, para saber acerca de lo acontecido en relación al objeto de amor perdido. Trabajo de simbolización que dependerá a la vez del efecto generado en el contexto familiar.

El posicionamiento simbólico de los adultos puede inducir, exacerbar u obstruir la pulsión epistemofílica, la que empuja a un examen de la realidad con el deseo, en parte ilusorio, de llenar un vacío de imagen y de saber” (17).

Julián es trabajado por el duelo por los orígenes que le tocaron en suerte y que implican para él un trabajo psíquico agregado: el trabajo de no querer saber y de intentar desmentir sus orígenes. El mecanismo de la desmentida se ve facilitado cuando se le niega al niño información, o cuando se participa de un pacto de silencio con algún progenitor para desmentir la prueba de realidad. Pero la posibilidad de elaborar una pérdida requiere precisamente de la prueba de realidad, la que desata el proceso de duelo y de la categoría de presencia y ausencia. Esta categoría es fundamental, porque revela que el niño puede transitar por una experiencia de dolor psíquico.

Viñar señala que la minusvalía del adoptado no proviene de lo que le falta en la biología, sino de lo que le sobra como estigmatización social (y, sobre todo, internalizada). El asunto central es la constitución de un factor radicalmente inconfundible, el significante negativo, la exclusión radical que por eso mismo se convierte en acicate de una búsqueda sin fin y sin punto de llegada, y que a veces abruma (19).

Julián permaneció abrumado por el trauma narcisista de la adopción, y también sus padres permanecieron anegados por duelos no procesados referentes al trauma de la esterilidad, acompañados de fantasías de robo y de persecución ante los genitores y ante las amenazas de la sociedad. Esta situación particular de la adopción no puede ser desconocida ni trivializada en la clínica por el analista, que debe evitar la homologación del duelo de los orígenes con el duelo por los orígenes.

Al trauma que se constituye entre el hijo adoptivo y los padres adoptantes, se le suma y potencia, además del duelo *de* los orígenes, que es estructural y constitutivo a todo sujeto, un singular duelo *por* los orígenes. El duelo de los orígenes se relaciona con lo insimbolizable, con el enigma y opacidad inherentes a toda historia; opera además como motor de deseo de búsqueda de un reordenamiento identificador permanente. En cambio, el duelo por los orígenes guarda un nexo con la sempiterna y agonal ambivalencia entre la inmortalidad y la mortalidad que subyace en el sistema narcisista parento-filial. Pero en el caso de la adopción, se pierde la posibilidad de sostener el anhelo de reinstaurar la continuidad biológica entre las generaciones que confirmaría la indestructibilidad de los lazos sanguíneos, garantizando así la transmisión de la eterna inmortalidad.

Por lo tanto el trauma y el duelo del adolescente adoptivo están entrelazados con el trauma y el duelo de los padres adoptantes, que suelen ser resignificados con mayor intensidad que en otros adolescentes no adoptivos, durante el ineludible acto de la confrontación generacional por el cual se accede a la plasmación de la identidad.

Si bien la fantasía de representarse a sí mismo como hijo adoptivo está presente en la novela familiar de todo sujeto, fantasía de ajenidad, a través de la cual el niño satisface sus “deseos” de desasirse, por un lado, del poder parental, para acceder a investir a otras figuras exogámicas, por otro lado dicha fantasía devela el uso de la agresividad y de la desidealización para desinvertir la sobreinvertidura que había recaído sobre las figuras originarias, posibilitando el pasaje a nuevos modelos identificatorios. Pero este trabajo de desligadura y re-ligadura, de deconstrucción y reconstrucción de las identificaciones,

es un trabajo de transformación asumido activamente por el yo. Ésta es la diferencia con el yo del hijo adoptivo, que pasivamente ha padecido la ruptura de la continuidad de la trama de su historia debido al duelo por los orígenes, generado a partir de la pérdida de sus padres genitores y su pasaje a los padres adoptantes. Así se manifiestan duelos especiales en el adolescente adoptivo, que dependen íntimamente de los duelos, procesados o no, por los padres adoptantes ante sus propios traumas: duelos por la esterilidad conyugal y por la frustración ante la evidencia de la falta del encuentro, espejado de sus rasgos corporales, en el cuerpo de sus hijos.

Tales son los estigmas corporales que testimonian la ajenidad, y que reaniman la herida narcisista por la efracción en la continuidad sanguínea-intergeneracional, a la que se suma la estigmatización social. En muchos casos, la denominada “familia biológica” suele transformarse en una identidad amenazante para la familia adoptiva. El deseo de alcanzar más información acerca de aquélla, vehiculiza el temor de que ese saber destruya los vínculos constituidos por el acto de adopción, confirmando la legitimidad de los lazos sanguíneos y la fragilidad de los simbólicos.

La presencia de la pérdida temprana de un progenitor o de un hermano promueve fenómenos transferenciales y contratransferenciales, tanto en el niño y adolescente, como así también en los padres y en el analista, por la particular elaboración de los traumas, duelos, identificaciones y síntomas que se dan en esta coyuntura. Pero en el caso de Julián, se habían agravado los duelos y traumas construidos con los padres, debido a la insistencia, compulsiva en él, de la mentira, de la oposición al saber y de la sed de venganza. Estos elementos se cristalizan en el carácter dilucidado por Freud en el año 1916, típico de aquellos pacientes que se consideran “excepciones”.

Julián se había posicionado ante sí mismo y ante los demás como un acreedor rapaz, del mismo modo que estos pacientes descriptos por Freud. “Vivían de sus reclamos de resarcimiento como de una pensión por accidente, sin saber por asomo el fundamento de sus pretensiones. La pretensión de excepcionalidad se enlaza íntimamente con tempranas afrentas al narcisismo por el cual se exige total resarcimiento. Dicen que han sufrido y se han privado bastante y tienen derecho a que se los excuse de ulteriores requerimientos; que no deben ser sometidos más a ninguna obligación desagradable, ya que ellos son excepciones y es su intención seguir siéndolo” (7).

Considero que, en estos casos, el analista se halla expuesto a permanecer seducido por el estado traumático y de identificación con el niño adoptivo y los padres adoptantes, remontando todo el sufrimiento psíquico a los tiempos pretéritos. De ese

modo, la adopción puede llegar a operar como un baluarte en el proceso analítico, para eludir precisamente los conflictos actuales y actuantes con la propia sexualidad y agresividad del paciente consigo mismo, con los otros y con las demandas del medio social.

Otro riesgo es transformar a la adopción en una categoría nosográfica, en una entidad particular, extrayendo de la situación traumática, una subidentidad defensiva. Chasseguet Smirgel señala que con frecuencia ciertos pacientes necesitan “transformar el dolor y la tensión de la herida o trauma narcisista (que resulta imposible de borrar) en una búsqueda ilimitada de excitación, para evitar así la elaboración psíquica de esa tensión que, de permanecer ligada a la herida narcisista, habría dado origen a efectos intolerables. Esta descarga de la excitación preserva al mismo tiempo la autoestima a través de fantasías y mociones de venganza, en la que, a través del triunfo del desquite, se ejerce una relación de dominio sobre el otro por lo padecido pasivamente. La búsqueda de la excitación constituiría sobre todo un repetido esfuerzo por movilizar todo el aparato somatopsíquico, con el fin de evacuar las tensiones y, por lo tanto, está vinculada con la propensión del acting out y elacting in” (3).

Las manifestaciones convulsivas presentadas por Julián operaban enigmáticamente como máscaras, que al mismo tiempo que encubrían, ponían al descubierto su lacerante vulnerabilidad narcisista. El incumplimiento en la satisfacción de los ideales parentales y propios acerca de su rendimiento intelectual se había transformado en condena, sentencia y mandato mortíferos. La caída de sus ideales desmesurados de perfección y sus fracasos reiterados en sus relaciones amorosas deprimieron severamente su *Selbstgefühl*. No podía hacer el duelo narcisista por esa imagen grandiosa, y el duelo se volvió traumático, si admitimos que lo que define al trauma es el efecto desorganizador sobre los aparatos mental y somático. Los traumas, como se sabe, se definen por la cantidad de desorganización que producen.

La tensión entre las aspiraciones narcisísticamente cargadas por un lado y la incapacidad real o imaginaria del yo de alcanzar esas metas por otro, provocan un elevado sufrimiento psíquico, acompañado de angustias, vergüenza, remordimiento y necesidad inconsciente de castigo.

La compleja y gradual elaboración de estos traumas y duelos narcisistas y edípicos, factores cruciales de los síntomas e identificaciones patógenas, posibilitaron la superación de sus síntomas corporales y el reingreso de Julián al colegio, con la condición de que rindiera las materias a fin de año. Al permitir Julián que lo ayudaran

profesores particulares, rindió sus exámenes y pasó al segundo año, en el que se afirmó en el aprendizaje y en la socialización. Pero al comenzar el tercer año, tuvo repetitivos fracasos amorosos que resignificaron sus traumas y duelos tempranos no resueltos. Acompañado ahora por un grupo de compañeros del colegio retornó –aunque en menor medida– a reiterados acting outs, provocando a los profesores y a sus padres y oponiéndose al estudio.

Transcribo a continuación las sesiones individuales, luego de una entrevista que mantuve con Julián y con sus padres en forma conjunta, desencadenada por una serie de mentiras que ponían en peligro la continuidad de su pertenencia al colegio y la prosecución de su proceso analítico.

“Yo siempre mentía. En la primaria escondía las notas. Nunca me interesaba saber. Siempre me aburría y molestaba a los chicos. No podía concentrarme. Miraba el reloj para saber cuándo tocaba el timbre. Ni tenía amigos porque fabulaba y al final no me creían. Tenía fantasías exageradas y perdía la confianza de mis compañeros. Pero las mentiras me salían solas. Salía sólo, la actuación. No reflexionaba lo que iba a decir. Uno para mentir lo tiene que pensar. Yo no lo pensaba. Lo hacía permanentemente y era como un hábito. Siempre fui así; antes era peor y por mucho tiempo. No quiero que exista más. Porque ya sale sola la mentira. Cuando me siento en apuros, fluye. No sólo miento a los demás, sino a mí mismo cuando necesito encontrar una solución.

Por ejemplo digamos que yo me corté y me digo no me corté. Pero los otros ven la sangre y que me corté y yo no lo quiero ver, para que no exista más.

—¿Qué es lo que querés que se corte?

—La mentira. No quiero que exista más.

—¿Qué pasa con la mentira aquí, entre nosotros dos?

—Yo sé que vos no vas a contar a nadie lo que te digo, y como sé que no vas a decir la verdad mía a mis amigos, yo te cuento verdades mías para que haya una solución mejor. Para que pueda cambiar algo. Cuando yo digo la verdad temo que haya una consecuencia para mal. Pero es peor. Hay un refrán que dice: la mentira tiene patas cortas. Pero al final el otro se entera. No hay manera.

Supongamos que vos sos mi amigo. Yo te lo digo a vos y corro el riesgo que a vos se te escape. Como sé que a vos no se te escapa, te lo cuento.

—Pero me acuerdo de que anteayer me dijiste que para vos todos los mayores tienen sus caretas y que por eso no confías en ellos. ¿Qué pasa con la careta en tu tratamiento conmigo? ¿Yo me pongo la careta, o vos te la pones? ¿Es este un tratamiento careta?

—*No, la careta esconde la verdad. Yo no miento aquí.*

—Pero me llama mucho la atención que hoy entraste sonriendo a la sesión y vos sabés que la situación del tratamiento está delicada. Tus padres ayer se cuestionaron con dolor, para qué seguir con tu tratamiento, con el colegio pago y con los profesores de refuerzo, si finalmente la estafa le gana a la verdad.

—*Ni digas esa palabra. Estafa. Me cae mal.*

—Es la palabra que salió ayer en la sesión con tus padres.

—*Pero con mis padres ayer se empezó a arreglar la cosa. Esta vez fue la gota que rebalsó el vaso. Hoy estoy contento porque hoy es mi cumpleaños y voy a poder festejarlo con mis padres. Pensaba que no me iban a perdonar las cagadas que me mandé. Entendé Doc, antes era peor. Papá ayer te lo dijo. Hoy fui al colegio y está todo bien.*

—No, no está todo bien. Eso es poner una careta a la situación. Y aquí tampoco está todo bien. Peligra la continuidad del tratamiento. (Pausa.)

—*Hace quince años que las cosas siguen saliendo mal. Nunca salieron bien.*

—Cuando saliste, cuando naciste, no salió bien la situación de entrada con los padres biológicos, pero enseguida fuiste tomado y criado por tus padres actuales.

—*Pasaron 3 días, hasta que mis padres me tomaron, no sé si fue el 10 o el 9 y llegué el 13 a la casa de mis padres. Me contaron que me recibieron con una fiesta.*

—¿Sabés qué pasó durante los tres días?

—*No, no lo sé.*

—Sería bueno que lo sepas. Te lo sugiero que lo preguntes para saber, para informarte mejor.

—*Yo dejé de creer en todo. No me importa más la religión. Me desagrada. Estoy enojado en serio con eso que se dice de Dios, porque no existe. Dicen que supuestamente él quiere lo mejor. (Eleva el tono de voz, empieza a gesticular con las manos. Yo comienzo a sentir una pena enorme.)*

No tengo nada. Porque no puedo ser feliz con mis padres. Siempre que llego a algo y lo tengo, me pregunto ¿para qué lo quiero?

—Seguís queriendo tener a los padres que te engendraron y sin darte cuenta te desquitás en tus padres actuales y en vos. En tu cuerpo y en tu mente.

—*Siempre quiero tener lo que no tengo y lo que tengo lo uso tres días y lo dejo. Me pasa lo mismo con las minas.*

Yo la adoro a Jacqueline y no sé por qué la cago con otras y ella termina pateándome y me dice que no me entiende y que no soy confiable.

Estoy enojado con Dios porque todo lo que dice es falso. Porque no hay Dios, no existe. Ni creo en nadie. Dios es como un viento. El viento sopla y se fue. Así todo lo que quiero se va, no existe. Es un fraude.

—Vos tenés algo de ese viento que sopla y que se va. Y yo también tengo algo de ese Dios que defrauda.

—*No me da la impresión. Creo que no.*

—Pero hay algo en lo que tal vez yo te defraudo. Aunque jamás te lo he prometido, yo no puedo ayudarte a encontrar a los que te han engendrado, pero sí revisar con vos qué es lo que te pasa con tus padres actuales, con tu hermano, con tu cuerpo, con tus sentimientos, con tus fracasos y logros en el colegio y con las minas.

Julián, tu deseo de desquitarte sigue aún muy despierto y te retiene a vos en el ayer. Me pregunto, si esta búsqueda tan imperiosa y necesaria no tendría ante vos mismo y ante los demás algo de careta para tapar los conflictos tuyos actuales y para justificarte el no enfrentamiento con un montón de cosas que te pasan hoy. (Pausa.)

—*Sí, yo ya lo sé.*

A la sesión siguiente:

—*Jacqueline fue un amor a primera vista. La vi y me pareció hermosa, hermosa. Y a ella yo le parecía lo mismo. Ella se quedó reenganchada conmigo y me la transé. ¡No lo podía creer! Soy un héroe, ella era mi objetivo de vida. Es la mejor del colegio. Es más buena que el pan. No existe mejor. Todos mis amigos me lo dicen; que soy un boludo porque la cagué. A los tres días la cagué con otra. Ni se porqué lo hice. No sé si fue por bronca. Soy un estúpido.*

Hace un mes que ni me chateo con ella y no me la puedo sacar de la cabeza. Hoy la vi y le dije: “¿Por qué no me hablás?”. “Porque no fuiste una buena persona conmigo. Por todo lo que me hiciste”.

Tiene toda la razón del mundo, y me dijo: “Te quiero sacar de mi vida, porque todo lo que tuve con vos fueron problemas. Un problema tras otro”.

—Yo le metí los cuernos.

—¿Vos le metiste los cuernos?

—Sí, varias veces, y no sé porqué lo hago.

—O la metida de cuernos es en realidad una careta que tapa tu propia desconfianza, tu dificultad para confiar, para amar y para que te amen. Así te parecés como un viento que sopla y que se va.

—Cuando todo está tranquilo, desconfío que esté todo muy tranquilo.

—Desconfiás de la confianza ¿y conmigo qué pasa con la desconfianza?

—No sé, yo aquí me confío.

—Vos me dijiste en la última sesión que vos creés que naciste el día 10 y el 13 te entregaron a tus padres actuales. Podríamos pensar que pasaron tres días de confianza con tu madre biológica, ¿y después de los tres días qué pasó?

(Abre los ojos y se acerca a mí).

—Cuando estaba bien con Jacqueline duró sólo tres días y después de los tres días no era lo mismo que antes y nos separamos.

—¿De quién me estás hablando?

—De Jacqueline.

—Y también de tu mamá biológica con la que estuviste tres días y que luego se separaron.

—Uy, uy, esto es muy fuerte.

Se sonrío y se acerca un poco más a mí. (Yo siento dolor en mi cuerpo y me conmuevo ante la sorpresiva formulación de mi propia construcción). Le pregunto si esa sonrisa no es en realidad una careta para no sentir otras cosas.

—No quiero llorar. Yo siento por dentro. También durante tres días la buena relación con mis padres y después de los tres días, el lunes, empieza de vuelta todo mal. Descubro que el 3 es para mí el número de la mala suerte.”

El sujeto resentido resignifica en los objetos actuales las mociones vengativas que estaban dirigidas hacia los objetos anteriores y, tras las máscaras del amar, ejerce el apoderamiento del otro (“*Liebmachtigung*”) y su aniquilación como sujeto. Si bien en su comienzo el acento de la pulsión de apoderamiento (*Bemachtigungstrieb*) recae sobre el objeto externo sin finalidad sexual, sólo secundariamente se une a la sexualidad y su fin consiste en dominar el objeto externo por la fuerza.

Por otra parte, conviene señalar que, junto al término “*Bemachtigung*”, se encuentra en la teoría freudiana, con bastante frecuencia, el de “*Bewaltigung*”, de significación bastante similar. Freud lo utiliza casi siempre para designar el del control de la excitación propia, sea ésta de origen pulsional o externa, control que se realiza para ligarla (16). Si bien esta distinción terminológica no es absolutamente rigurosa, el apoderamiento asegurado sobre el objeto externo (*Bemachtigungstrieb*) puede operar como un intento defensivo ante la amenaza del peligro de la pérdida del gobierno y el control de la propia excitación (*Bewaltigung*) en el propio sujeto y ante la presencia de otro, por el surgimiento de afectos y representaciones, tanto placenteras como displacenteras.

En la realidad psíquica, los afectos crean objetos. Son precursores de fantasías e ideales. A partir de ellos se establece y propicia el ejercicio de variadas formas de poder (14). El sujeto resentido funda a través de sus fantasías vengativas una propia legalidad. La venganza justifica el carácter imperativo de un poder regido por la ley del talión que legitima, aparentemente sin culpa, el derecho a punir y a atormentar. Así se reaniman los impulsos destructivos que llegan a prevalecer sobre los impulsos amorosos: esto implica un cambio en los estados de intrincación entre las pulsiones de vida y muerte, cambio que desencadena la compulsión a la repetición inherente al reinado de Tánatos.

El poder reanima el sentimiento de omnipotencia infantil y reactiva el pensamiento mágico-animista, caldo de cultivo de un complejo sistema de ideales, a partir del cual ciertos sujetos se elevan –mediante la sobreestimación narcisista– a la condición de categoría de las excepciones (7): detentores de un poder omnímodo que les concede derechos para avasallar la inviolable órbita de la dignidad y hasta la libertad del otro.

Dorey asevera que “el status metapsicológico de la pulsión de dominio es ambiguo en la obra de Freud. El dominio no puede ser considerado como la acción de una

tendencia única, sino que corresponde a una formación compleja de la relación con el otro, dentro de la cual se ubica en forma precisa la interacción dialéctica (Eros-Tánatos). La finalidad de esta relación es siempre el deseo del otro, en la medida que resulta fundamentalmente ajeno y por su propia naturaleza elude cualquier posibilidad de ser capturado.

Las organizaciones perversas y obsesivas representan dos modelos de este tipo. En la perversión el deseo del otro es capturado a través de la seducción; en la neurosis obsesiva el deseo se destruye en efecto por una operación de destrucción (4).

Foucault señala que las relaciones de poder no obedecen a la sola forma de prohibición y de castigo, sino que son “multiformes” y nos advierte que uno de sus peligros, aún cuando estén al servicio de una causa justa, es que generan adicción (5).

El sujeto que no elabora sus resentimientos permanece inmovilizado y entretenido en duelos interminables; adhiere viscosamente su libido al objeto deudor con el fin de realizar un triunfo de desquites sobre él, mediante el despliegue de fantasías asintóticas autolegalizadas del poder de represalias sobre otros objetos y sobre sí mismo. Al no poder resignar el objeto, el sujeto resentido refuerza las proyecciones y las identificaciones proyectivas, y alimenta de este modo, como en el caso clínico presentado, su status de inocente, castigador, vengativo y arrogante. De ahí que clínicamente estos duelos patológicos se expresen por medio de la venganza histórica, del reproche obsesivo, de la queja melancólica y de la manía querellante.

El resentimiento puede también operar como defensa, ejerciendo una función anti-duelo, porque abandonar ese vínculo objetal significaría “el derrumbe definitivo de la ilusión y la admisión de que se ha perdido real y verdaderamente el objeto” (1). Resurge el ejercicio del poder como un intento defensivo, para cancelar o apaciguar la irrupción amenazante del dolor, de angustias (8) y de otros afectos y representaciones intolerables para el sentimiento de la propia dignidad y para el mantenimiento de la estructuración psíquica. Se retorna así a la memoria del rencor para huir del enfrentamiento y de la asunción de la propia responsabilidad ante los conflictos actuales y actuantes.

Esta memoria del rencor a diferencia de la memoria del dolor, reinstala el tiempo circular y repetitivo de los duelos interminables, sellando el destino trágico de los sujetos y de los pueblos.

Bibliografía

- 1) AMATI MEHLER, J., ARGENTIERI, S.: Esperanza y desesperanza ¿Un problema técnico? Libro anual de psicoanálisis 1990, Lima pág. 175.
- 2) BARANGER, W.: Los afectos en la contratransferencia XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina. Buenos Aires 1992. T. I, pág. 197.
- 3) CHASSEGUET-SMIRGEL, J.: Intento fallido de una mujer por encontrar una solución perversa. Revista de psicoanálisis 1987. Tomo XLIV N° 4, pág. 683.
- 4) DOREY, R.: La relación de dominio. Libro anual de psicoanálisis 1986, pág. 191.
- 5) FOUCAULT, M.: Microfísica del poder. Madrid, La piqueta 1991, pág. 77.
- 6) FREUD, S. (1915): Pulsiones y destinos de pulsión. A.E T. XIV., pág. 203.
- 7) FREUD, S. (1916): Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. Las excepciones. A.E. T. XIV, pág. 319.
- 8) FREUD, S. (1926): Inhibición, síntoma y angustia. A.E. T. XX., pág. 136.
- 9) GRASS, G.: El tambor de hojalata. Buenos Aires. Sudamericana 1979.
- 10) HERNÁNDEZ, J.: Martín Fierro. Buenos Aires. Araujo 1945. Pág. 183.
- 11) KANCYPER, L.: La confrontación generacional. Buenos Aires. Paidós 1997. Pág. 49.
- 12) KANCYPER, L.: Resentimiento y remordimiento. Buenos Aires. Paidós 1991, pág. 18.
- 13) KANCYPER L.: Angustia y poder en la confrontación generacional. Rev. De Psicoanálisis. T. L. Número 6, 1993, pág.1215.
- 14) KANCYPER, L.: El afecto y el poder. Rev de Psicoanálisis. T. LVI, N° 3, pág. 671.
- 15) KOLITZ, Z.: Iosl Rákovér habla a Dios. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires 1998, pág. 15.
- 16) LAPLANCHE y PONTALIS: Diccionario de Psicoanálisis. Madrid. Labor 1971, pág. 329.
- 17) PELENTO M. L.: Duelos en la infancia. RUP. Duelo y Represión 88, pág 31.
- 18) SHAKESPEARE, W.: Romeo y Julieta. Clásicos inolvidables. Buenos Aires. El Ateneo 1953, pág. 503.

- 19) VIÑAR M.: El duelo por los orígenes. APU 2000. Los duelos y sus destinos, depresiones hoy. Tomo I, pág. 192.